

Las piedras, rodando, se encuentran

Solveig Font Martínez

Incubadora ed.

Luis Enrique Fernández-Superville Bravo sabe lo que hace. Esa idea ronda mi cabeza contantemente en las noches eternas de insomnio en las que hablamos. La distancia entre Uruguay y las penosas comunicaciones en Cuba, son a veces motivos de desesperación y frustración, pero insistimos.

Hace unos cinco años no pensaba lo mismo. Luis Enrique llegó a mi vida por un amigo común. Entró en mi casa donde ese día se inauguraba una exposición, con su ademán de conocerlo todo y al final de la noche. Se detuvo en cada obra. Conversamos sobre la obra de Irving Vera, un artista cubano que vivió largos años en México y no se ven sus obras con frecuencia en Cuba. Eran unos collages pequeños con colores y textos del 2009 muy raros dentro de la égida creativa de Irving. A él le encantaron, mostró entusiasmo y lo sentí sincero, honesto y nos quedamos conversando un rato. Sus reflexiones sobre esta obra eran profundas, técnicas, maduras, interesantes y de alguien que conoce a fondo de arte. Yo acababa de conocerlo y me preguntaba quién era este personaje.

Cuando te dedicas por tanto tiempo a algo que amas, como es el arte y el mundo a su alrededor, crees que los has visto todo o casi todo, comienzas a perder la posibilidad de sorprenderte. Ansías que llegue ese momento pero generalmente no sucede y otra vez, comienzas a perder el entusiasmo por ver, visitar o conversar sobre arte. No quieres vivir otra decepción y terminar pensando que fue una pérdida de tiempo. Sin embargo, al hablar por primera vez con Luis Enrique tuve la sensación de que su conocimiento y sensibilidad sobre el arte no eran huecos ni superficiales. Me sobrecogí al descubrir un pensamiento interesante.

Luis Enrique llega al mundo de las artes visuales sin pasar por la academia. Sin embargo, desde niño, estudió en escuelas comunitarias de arte y, durante los años que permaneció en la carrera de arquitectura, continuó dibujando y pintando. Participa en varios concursos universitarios sobre artes visuales y en el año 2012 se matricula en un pregrado sobre diseño de interiores en el Instituto Superior de Diseño Industrial, ISDI. Desde ese momento se dedica totalmente a las Artes Visuales.

Siempre he considerado que en la vida, las experiencias, interacciones, relaciones, amistades y decisiones que tomamos en ese camino son parte de un proceso. Es decir, toda la experiencia que

vas adquiriendo durante la vida, brinda una información, que sin uno saberlo te conduce a un fin. Después de estudiar la obra de Luis Enrique siento que cada giro en su carrera profesional lo condujo a este momento en el cual el predominio de las herramientas de la arquitectura y el diseño de interiores es definitivo en toda su obra. Para Diseño para una falsa columna (2015) escribió en el stament: “en mis estudios en la Facultad de Arquitectura del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echevarría, conocí lo que era una falsa columna. Estructura cuya función podría ser para enmascarar conductos, en ocasiones simplemente decorativa o como mobiliario. Propongo un diseño de falsa columna con base rectangular, utilizando libros y periódicos”.

La influencia de la arquitectura y el diseño interior se evidencia en la importancia que le otorga a los objetos en sus obras -una silla, una mesa, una escalera- y también en la posición en el espacio físico-mental-sensorial en que coloca al espectador. Es curioso y significativo que siempre proyecta la misma mesa. Los recuerdos, como las pesadillas, cuando se repiensen, cambian algunos detalles pero otros permanecen invariables, dándote la sensación de enajenación, de obsesión, pero también de lugar común, generándote cierta empatía con ese espacio.

Él vuelve constantemente a los objetos. La cotidianidad donde el objeto se convierte en testigo, en reclamo. Son tus compañeros, a veces para toda la vida. Son parte de tu historia y de quien eres. Hablan de ti y de cómo eres, de la soledad, de la migración, de la pérdida. Esta obsesión por pintarlos también viene de su predilección por la instalación, donde los coloca en el espacio e invita al espectador a jugar. Sobre este tema Julio Llópiz –artista cubano y escritor- en su texto a la exposición Eufemísticamente hablando del 2015 escribió “Luis Enrique Supervielle es uno de los que mejor combinará la disposición de objetos en el espacio y la grafía pictórico-lineal de técnica mixta”.

Para él es fácil colocarse y a la vez colocar al espectador en una perspectiva observacional, dentro de la habitación, como si flotaras alrededor de su mesa, de su sala, de sus gavetas, “proponiendo que el prisma de su imaginario es la verdadera realidad”, según agrega Llópiz. En su imaginario el espectador puede ser un satélite orbitando alrededor de su mundo, o Alicia en el país de las maravillas comiendo los hongos para ver todo desde muy lejos y pequeño o desde muy cerca y muy grande, como si no cupieran en la cartulina o en la tela.

Hay una mezcla de tristeza, nostalgia, resignación y hastío en sus obras. Como de un alma vieja. Esta alma dividida en cientos y cientos de pequeños hombres negros traviesos, provocadores, curiosos que están dispuestos a todo. Unidos y con un objetivo en común. Son la envidia de los tiempos que corren, donde el “sálvese quien pueda”, el egoísmo y la desunión son las noticias del día a día. Son hacedores de sueños y utopías. Pueden ser pasivos o activos pero siempre preocupa su invariable presencia. Como grillos en las noches de primavera, procurando su mejor actuación sobre una piedra. Piedra que será parte de un río y que el agua moverá hacia otro río y que quizás, después de tempestades, llegará al mar y a la profundidad de un océano. El rodar y rodar ha dejado huellas perenes en la vida y la obra de Luis Enrique.

La soledad del que emigra sólo lo puede experimentar el emigrante, dice. La soledad del que se levanta todos los días con lecturas de motivación hablando consigo mismo buscando comprensión y empatía en cada conversación. Porque en eso le va la cordura. Adaptarse no es una palabra, sino un traje de buzo eterno cuando decides que pintar el océano es lo tuyo.

En “Ilusión perpetua”, la más reciente de sus series, Luis Enrique siente todo esto. Cada obra carga un aura, un alma oscura y

brillante. Observándolas puedes llegar a ese lugar en la nada, un limbo abrumador y sentir su soledad, la separación, el desarraigo, la pérdida, el miedo, la tristeza, la locura. Puedes sentarte en primera fila y perderte en la puesta en escena. Baja el telón. Luis Enrique sabe lo que hace. Espero que nos volvamos a encontrar y seguir rodando.

30 de octubre de 2020 8.38 pm La Habana, Cuba